

GARÇON!

JORDI BATLLE CAMINAL

Garçon! (1983) es la película más ligera y oxigenada de Sautet (incluso la música de Philippe Sarde, habitualmente melancólica, se nos pone festiva y alegre) y, a la vez y por encima de todo, un monumento erigido a la figura de Yves Montand, en su tercera y postrera colaboración con el cineasta. En el cine no estadounidense ha habido muy pocos actores que, por su porte, estatura, autoridad ante la cámara, capacidad de imantación y dureza cuando toca, puedan compararse a esa constelación de vacas sagradas (toros más bien) de la gran pantalla que formaron, entre muchos otros, Robert Ryan, John Wayne, Lee Marvin, Gary Cooper o Gene Hackman. El argentino Federico Luppi, a veces (*Un lugar en el mundo*, *La ley de la frontera*), sería uno de ellos. Otros es, y paren de contar, Montand, que puntualmente también trabajó en Estados Unidos y hasta puso bizca con sus feromonas a la mismísima Marilyn y quién sabe si incluso al propio George Cukor (*El multimillonario*). Sus portentosas actuaciones en obras de Clouzot, Melville, Delvaux, Costa-Gavras, Corneau, Claude Berri o

El monstruo Montand



PATHE REMM PRODUCTION

Sautet (o Frankenheimer, Minnelli y Cardiff) demuestran con creces su grandeza. Además, es el mejor cantante-actor del cine francés, y los ha habido muy buenos: Aznavour, Reggiani, Dutronc...; en este sentido, es el Sinatra europeo. Un monstruo.

Montand interpreta en *Garçon!* a Alex, maduro camarero de un restaurante lujoso, separado de su mujer, un tanto vanidoso, seductor y mujeriego y frustrado por no haber logrado ser el bailarín que anhelaba. La película se centra exclusivamen-

te en él y en su día a día en lo profesional, lo personal y lo sentimental, capítulo que adquirirá especial relevancia cuando casualmente se encuentre con Claire (Nicole Garcia), a la que no veía en los últimos diecisiete años, e inicie con ella una relación. También tiene su punto de interés la historia de amistad entre Alex y su compañero de trabajo y de apartamento, Gilbert (una magnífica composición del entrañable Jacques Villeret). De escaso atractivo, en cambio, la subtrama del parque de atracciones que Alex se empeña en construir junto al mar.

Pero es, sin lugar a dudas, en la descripción de la rutina del restaurante donde *Garçon!* alcanza su esplendor cinematográfico, como ya demuestran los cinco primeros minutos. Asistimos a los desplazamientos de camareros entre cocina y comedor, cruzándose y esquivándose entre ellos en su acelerado recorrido, con un plato en cada mano y sirviendo eficazmente a la parroquia. Vemos la vorágine de la cocina, los gritos y

broncas del chef (un perfecto Bernard Fresson). A los camareros pidiendo la cuenta al cajero, salseando las ensaladas o, con una paciencia de santo y buena educación, tomando nota a una clienta que no se decide por ningún plato y pide información y consejo. El espacio es grande y con mucho humo, las mesas están todas llenas y no habrá, entre cocineros y camareros, menos de veinte empleados en movimiento perpetuo. La cámara se mueve con elegante fluidez filmando este ballet espléndido, cuya belleza se multiplica debido a los muchos espejos que decoran el salón. Nunca el cine ha filmado de manera tan verosímil el bullicio de un restaurante en hora punta (la excepción sería John Ford en *El hombre que mató a Liberty Valance*). En este espacio, el prodigioso Montand se mueve como si hubiera nacido para ser camarero. Serge Daney, que detestaba *Garçon!*, elogió sin embargo a Montand por "su presencia bruta delante de una cámara". Lo dicho: un monstruo.

QUELQUES JOURS AVEC MOI

Un cuerpo extraño

QUIM CASAS

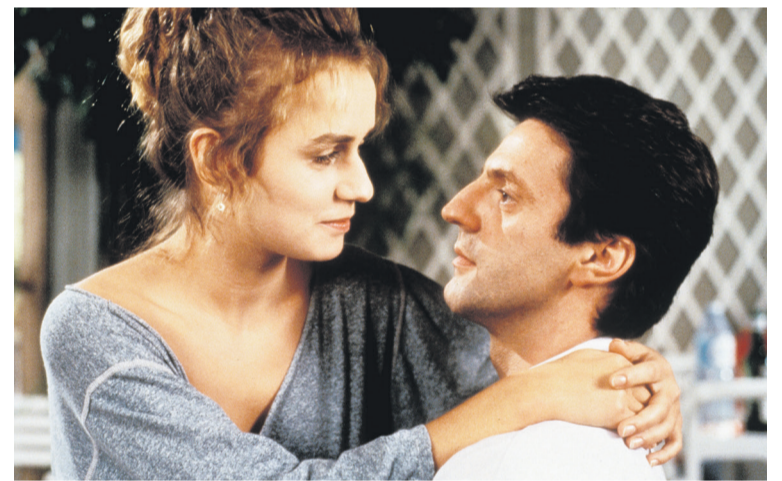
Daniel Auteuil contempla el mundo desde la ventana del sanatorio en el que se recupera. No entiende la vida tal como la vive, del mismo modo que Auteuil, en la primera de sus dos películas con Sautet, no entendía el personaje que debía interpretar. Recordaba el actor: "La lectura del guion me dejó perplejo. Mi papel no me daba buenas sensaciones. Mi personaje era la ausencia hecha persona". Pero se obró el milagro. Sautet le dio algunas pautas, algunos detalles, Auteuil comenzó a entender la forma en que debía interpretar a un hombre aún joven, pero "decaído, ausente, en otro mundo". Y la verdad es que el actor, descubierto por

Sautet en *El manantial de las colinas* (1986) de Claude Berri, acabó entendiendo muy bien a su personaje y expresando su autoaislamiento en el contexto de una sociedad burguesa de provincias sin sorpresas, sin fisuras, sin alma.

Martial, el protagonista, sale del sanatorio para volver al redil familiar. De hecho, le hastía, pero es tan inexpresivo que resulta incapaz de mostrar asco o desprecio. Todo le da igual. Tras un par de secuencias con su "querida" familia, propietaria de una lucrativa cadena de supermercados, Martial se traslada a Limoges para controlar la producción de la zona. No siente, pero piensa. Y no está cómodo con el mundo que le rodea, así que, a su manera, a la

manera de Sautet, pausada, transparente, socaba los cimientos de la acomodada localidad mintiendo y controlando. Dice que se va, pero se queda. Aparece inesperadamente en la casa del responsable de la zona cuando este y su esposa piensan que se ha ido y están riéndose de él. Asegura que tiene plaza en un avión a la mañana siguiente, pero unas horas después llama para decir que ha alquilado un piso en la ciudad y quiere como secretaria a la sirvienta de sus incómodos anfitriones, unos burgueses socialistas que defienden la economía liberal.

Porque en un plano simple, inmaterial, pero, revelador, Martial, acostado en la cama de la habitación de los invitados, ha quedado gratamente



COLLECTION STUDIOCANAL

sorprendido con la presencia de Francine, la doncella de la casa, y desea que trabaje para él. Parece mentira, pero Martial Pasquier, burgués, insensible, sin aspiraciones, con pinta de no emocionarse ni inmutarse por nada, ha hallado una pequeña luz en su existencia. Algunos días. Son los que pasan juntos estos nuevos amantes de Sautet, y, como siempre

en su cine, no son relaciones fáciles, ni fácil será el desenlace de las mismas. Con Sandrine Bonnaire trabajó únicamente en esta ocasión. Venía de rodar con cineastas bien distintos —Maurice Pialat, Agnès Varda, André Téchiné y Jacques Doillon— y, como Auteuil, la actriz comprendió la pausa, la distancia y el carácter esquinado de otro extraño personaje de Sautet.

JUNTOS PARA LA MEJOR PROYECCIÓN DIGITAL

KELONIK
antaviana
VFX & POSTPRODUCTION

SHARP / NEC